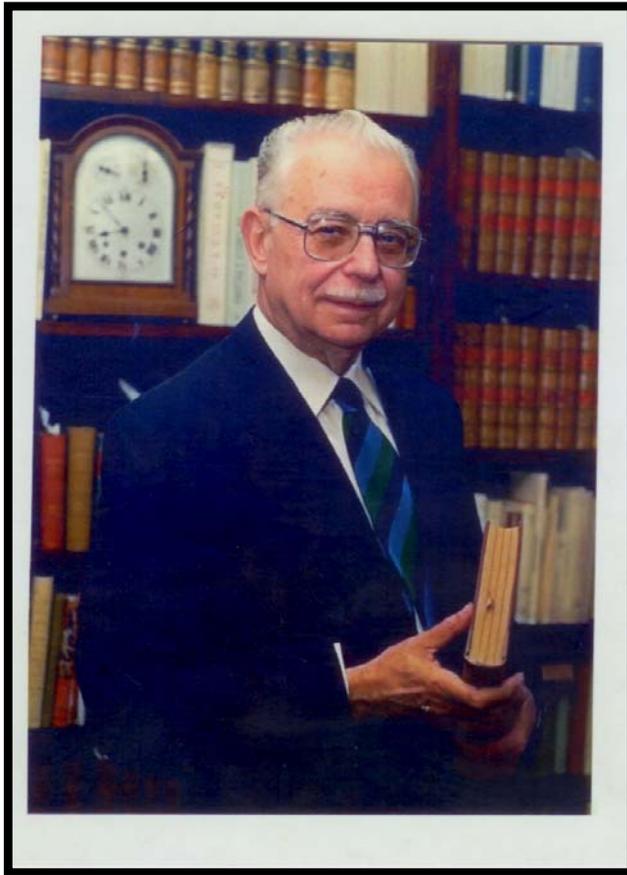


Francisco López Estrada (1918-2010)

Ángel Gómez Moreno
 Universidad Complutense

*Sí, la final serenidad, la última,
 la decisiva, punzante, rompedora.*

(Francisco López Estrada, "Poema del poema leído," *Salina* 16 (2002), 13)



Cuando, hará a lo sumo cuatro años, Javier Huerta y yo mismo animamos a don Francisco a escribir sus memorias, deseábamos que las fuerzas le asistiesen y recopilase material suficiente para dar forma a un libro. Por desgracia, lo que finalmente nos entregó distaba mucho de lo que necesitábamos para ese propósito, acaso porque no supimos transmitirle nuestra idea, acaso porque pudieron sobre él su modestia y su pudor (dos de las múltiples facetas de su *seny* catalán) o tal vez porque se dio cuenta de que, lenta pero inexorablemente, las brumas iban difuminando el perfil de sus recuerdos.

Tardó muy poco en cumplir con el encargo, y sin precisar ayuda; sin embargo, las treinta y pocas páginas que nos dio en mano sólo sirvieron para encabezar el

homenaje de la Fundación Universitaria Española, que le dedicó el número 32 (2007) de sus *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica*. Habíamos pensado en editar el material en un volumen de cierta amplitud, pues añadiríamos unos índices y algún que otro apéndice, pero no pudo ser. Así las cosas, nos limitamos a reforzar su breve pero delicioso relato, "Contar una vida", por medio de una bibliografía comentada de carácter exhaustivo, ordenada por épocas y temas. Nuestra labor se limitó básicamente a eso, aunque acordamos ponerle un título goloso: "Retrato y semblanza de un claro varón" (39-84) (una bibliografía en línea de López Estrada

correspondiente al año de su jubilación puede verse en <http://revistas.ucm.es/fll/02122952/articulos/DICE878110023A.PDF>).

En este ejemplo rotundo de autobiografía académica, el dato personal vertebró el itinerario profesional; en él, la investigación literaria de amplio espectro deja algún que otro rato a la inspiración poética, pues don Francisco tenía su punto de creador literario (de “poeta y peregrino”, como decía Antonio Machado de Berceo). No hace tanto tiempo que supe de otra afición suya: la fotografía; de ella, dan cuenta cientos y cientos de instantáneas que abarcan un amplio abanico cronológico, desde poco antes de la Guerra Civil, en el caserón de San Bernardo o en el nuevo edificio del Campus de Moncloa, hasta finales del siglo XX. Sería de desear que alguien de la familia pusiese orden en tan estupenda colección, en la que, entre otros momentos, se recogen sus encuentros con los grandes hispanistas de ambas orillas del Atlántico.

De las fotos que pude ver, me causaron especial impresión las pertenecientes a un verdadero reportaje, pues, constituidas en serie, daban cuenta de los destrozos causados por los combates en la Ciudad Universitaria durante los tres años que duró el conflicto. Aquella impresionante galería, con tomas de los años 39 y 40, incluía la Casa de Velázquez, Filosofía y Letras, Medicina o el Hospital Clínico, entre otros edificios y lugares. Su autor no había sido mero testigo sino que había participado en la contienda del lado de la República, bien es verdad que lejos de Madrid y del frente, destinado en una oficina militar en Barcelona. La razón de ello es que, en julio del 36, como cada verano, estaba de vacaciones en casa de sus abuelos, en el pueblo barcelonés de Ametlla de Balaguer. Allí fue movilizado y allí quedó atrapada su familia hasta el fin de la guerra.

Llegó la paz y se reincorporó a sus estudios, pues sólo había podido cursar el primer año de la carrera. A poco de licenciarse, ganó plaza de profesor ayudante y luego de profesor auxiliar en la propia Facultad de Filosofía y Letras. Sin darse un respiro, acabó pronto su tesis doctoral, una edición de la *Embajada a Tamorlán* (1943), publicada luego por el CSIC. Poco después, preparaba las oposiciones a catedrático de Lengua y Literatura Españolas en sus relaciones con la Universal. Ese paso era decisivo para lograr la estabilidad profesional y un sueldo saneado, pues por aquellos años no existían figuras intermedias entre el profesor contratado y el responsable de cátedra. En 1946, alcanzaba su objetivo y, con él, un primer destino: la Universidad de La Laguna. Poco después, se casaba con Teresa García-Berdoy Regel, una distinguida, bella y simpática antequerana que sorprendía por ser, física y culturalmente, tan alemana como andaluza.

Preciso al determinar los problemas y resolutivo al abordarlos, don Francisco no se arredró por los escasos medios que le ofrecía Tenerife sino que se puso a revisar el fondo antiguo de la Biblioteca Universitaria de La Laguna, particularmente su colección de incunables, que catalogó y publicó por entregas entre 1947 y 1948, a pesar de que carecía de los repertorios obligados de Hain, Copinger o Haebler. En La Laguna, nació su interés por el Nuevo Mundo, que devino pasión al pasar a Sevilla y que capturó plenamente su atención en sus últimos años. El tiempo no le dio tregua,

pero solía decirnos que, tan pronto como se lo permitiesen sus obligaciones, escribiría un largo ensayo para el que había ido reuniendo materiales desde sus años mozos: “*Don Quijote en América*”.

En 1948, pasó a Sevilla gracias a un concurso de traslado. Fueron, como tantas veces reconoció, sus años más felices. En el hervidero cultural de Sevilla, con la Biblioteca de la Universidad, la Colombina y la Capítular y el Archivo de Indias (donde tomó un sinfín de datos para alimentar esa pasión americana de la que, de seguro, pocos tenían noticia), sus inquietudes como investigador encontraron el marco adecuado. Pronto se relacionó con los historiadores hispalenses, entre los que sobresalía el vasco Juan de Mata Carriazo Arroquia. A un día de distancia, en tren o en coche (siempre le gustó conducir), tenía a los sabios de la Universidad Central, particularmente a Ramón Menéndez Pidal, hiperactivo a pesar de su edad, y Dámaso Alonso; con la mar oceánica por medio, solo el correo le permitía mantener contacto con lo más granado del exilio español, una nómina que lo retrotraía al primer año de comunes: Américo Castro, Pedro Salinas y José Fernández Montesinos, el único de los tres que llegó a darle clase, y de manera brillante, como gustaba recordar. A todos ellos había que sumar los grandes nombres del hispanismo internacional, con Marcel Bataillon a la cabeza, porque don Francisco lo admiraba como a nadie.

Al cabo, esa red de relaciones, tejida desde su juventud, resultó mucho más beneficiosa para nosotros, sus discípulos, que para él mismo, que nunca hizo nada movido por el interés; de hecho, la sola mención de su nombre obraba maravillas, pues abría automáticamente las puertas de cualquier *sancta sanctorum* académico, Oxford o La Sorbona, Harvard o Berkeley, en una época en que las relaciones institucionales eran cosa rara y los contactos personales poco frecuentes. Su prestigio es solo una más entre las claves que ayudan a entender el respeto y el afecto que despertaba a su paso. Tanto o más contaban su diligencia al responder al correo, particularmente cuando se le pedía ayuda; su elegancia al agradecer cualquier envío, o bien al felicitar o condolerse según la ocasión lo exigiera. También se agradecía su buena disposición para reseñar cualquier trabajo de mérito, pues don Francisco consideraba que la recensión erudita correspondía al especialista más que al principiante; a mí, en particular, me llevó pronto a su terreno al comentarme que el número de reseñas de un libro debía ser directamente proporcional a su calidad y que era mejor dejar de lado aquellos libros que no merecían la pena. Era su forma de hacer justicia sin hacer sangre.

A pesar de sus interminables jornadas de trabajo, siempre encontraba un momento para atender, en el despacho de la universidad o en casa, a cuantos lo precisaban, ya se tratase de discípulos directos o de cualquier estudiante o estudioso que acudía a pedirle consejo. A esa disposición de ánimo se refiere Charles B. Faulhaber, actual director de la Bancroft Library de la Universidad de California-Berkeley, al dar acuse de recibo al obituario que Javier Huerta y yo mismo publicamos en *ABC* (21-V-2010):

¡Cuánto lo lamento! Don Paco fue mi primer contacto con el medievalismo español. Durante 1967-1968 estuve en España para llevar a cabo las investigaciones sobre mi tesis, y fui a visitarlo a la Universidad de Sevilla mientras investigaba en la Colombina, porque era la única persona que en aquel entonces se había ocupado de una manera seria de la retórica en España durante la Edad Media. Me recibió muy cordialmente, a pesar de que no llevaba carta de presentación ni nada parecido. De hecho, lo llamé desde la portería. Bajó enseguida para ofrecerme un café y charlar conmigo sobre la tesis. Sólo después, al comenzar mi propia carrera como profesor, me di cuenta de lo insólito de tal proceder.

En Sevilla comenzó a dirigir tesis y más tesis (Francisco Márquez Villanueva, Rogelio Reyes Cano, Pedro Piñero Ramírez, Mercedes de los Reyes Peña, Rafael de Cózar Sievert...), montó una especialidad que no existía (hasta su llegada, la literatura solo era una materia más en el currículo de los estudiantes de Historia), creó todo un Departamento (en Sevilla, mucho más que en la Complutense de Madrid, los profesores de nuestra área son, propiamente, hijos intelectuales suyos) y logró que la biblioteca estuviese a la altura de lo que precisaba la moderna investigación histórico-filológica. Estas fueron algunas de las principales tareas que acometió y de las que salió exitoso, aunque no las únicas.

Si, en atención a mi especialidad y a la vista de los frutos obtenidos, puede decirse que López Estrada lo fue todo para Sevilla, la inversión de los términos da idéntico resultado: Sevilla lo fue todo para López Estrada. En ese sentido, resulta de lo más revelador que su memoria de anciano cuasi-nonagenario eliminase de un plumazo sus años madrileños. El único Madrid que aparece en el relato de su vida, fuera de su época de estudiante, es el de las escapadas para asistir a la tertulia que Antonio Rodríguez Moñino, José López de Toro y José María de Cossío tenían en el Café Lyón, frente al Palacio de Correos. Eran tres grandes sabios, sí, pero también tres personajes singulares, alejados de toda forma de poder.

En su recuerdo, la “labranza” (así la denomina) sevillana fue “larga en el tiempo y lenta en resultados”. Para un observador imparcial, no obstante, el último adjetivo debe sustituirse por otro, *fructífera*, pues a los logros señalados cabe añadir uno más: el nacimiento de la Facultad de Filología, por la que tanto trabajó don Francisco. De modo selectivo, su ejercicio memorístico salta de 1962 a lo que llama, de modo inconcreto, “La retirada”. A ese respecto, debo aclarar que se jubiló en 1986, once años después de haberse incorporado a la cátedra de Literatura Española de la Universidad Complutense de Madrid. Por fortuna, a diferencia de lo que ocurrió en otros casos (Manuel Alvar o Fernando Lázaro Carreter, que hubieron de dejar sus cátedras nada más cumplir los 65 años), el cambio en la legislación universitaria le benefició –y a nosotros de paso– al crear la nueva figura del profesor emérito, lo que le permitió seguir en activo hasta 1994, con 76 años.

Echemos la cuenta: su fase final madrileña suma casi dos décadas verdaderamente fértiles, como se comprueba por el número de sus publicaciones y tesis doctorales dirigidas. ¿Hay motivo para que la Universidad en que formó a tantos y tantos discípulos ni siquiera se nombre? A la cisneriana, de hecho, sólo alude al confesar que seguía activo gracias al estímulo que recibía de algunos discípulos y compañeros de esa institución. Por lo demás, solo silencio, un silencio que contrasta con las muchas páginas que dedica a Sevilla, en que se le siente vibrar de ilusión revivida, cargadas como están de sucesos felices en lo personal y lo profesional.

Tenía –y es lógico– en la retina el majestuoso edificio de la Real Fábrica de Tabacos: nada que ver con la leonera destartada de la Facultad de Económicas de la Universidad Complutense, a la que fue a parar nuestro Departamento en los primeros setenta. Quienes conocieron aquella sala saben a qué me refiero: en ella, se amontonaban sillas y sillitas de todos los tamaños; en ella, desembocaba un único y tristísimo despacho para el director de turno; fuera había un cuchitril para adjuntos, un espacio tan angosto que difícilmente permitía enfrentar dos sillas con una mesa por medio. No existía lugar comparable en toda España.

Nunca lo confesó, pues, por decoro o por prudencia, era enemigo de mostrar sus interioridades; sin embargo, muchos intuíamos que, a la luz de los acontecimientos, estaba arrepentido de haber dado el salto a Madrid. En Sevilla lo era todo, como he dicho: allí tenía sillón en la Real Academia de Buenas Letras y allí, en 1988, se le otorgó un doctorado honoris causa en reconocimiento a su admirable labor. En aquellos años, logró la mayoría de las distinciones internacionales con que contaba, particularmente el nombramiento como Oficial de la Orden de las Palmas Académicas de la República Francesa (1966) y el de Comendador de la Orden al Mérito de la República Italiana (1970); incluso su elección como miembro de número de la Hispanic Society (1989) fue el resultado de los muchos años en que ejerció como correspondiente desde Sevilla (1962). ¿Por qué, entonces, ese afán por ir a Madrid?

La respuesta es simple: por pura tradición académica, una tradición que ya no existe, que llevaba desde la periferia hasta la capital misma por medio de unos concursos de traslado a los que la LRU puso punto final. Don Francisco hizo lo que otros muchos antes y unos cuantos después: cerrar su ciclo académico en la corte, al calor de las Reales Academias, las grandes editoriales y otros focos de cultura. De su intento por acceder a la Real Academia Española, de la que ya era correspondiente, me limitaré a decir lo que todos saben: que no lo consiguió; por lo demás, conocidas su capacidad y su seriedad, que le llevaban a cumplir religiosamente con los plazos de entrega marcados por las editoriales, los encargos le llovían. Ello, no obstante, significaba trabajo y más trabajo, horas sin cuento en archivos y bibliotecas o en el despacho de casa. Así fue todo, día tras día, hasta más o menos el cambio de siglo.

Con sus cuatro hijos fuera de Madrid, don Francisco supo simultanear la alta investigación con las obligaciones domésticas y la atención, cariñosa a más no poder, a su mujer enferma. En circunstancias tan adversas, nos sorprendió a todos: no era el sabio inútil en el día a día, incapaz de encender una lavadora (a la manera de Yakov

Malkiel, de quien tantas anécdotas se cuentan). Llegado el momento, gobernó su casa de manera ejemplar, lo que no impidió sus visitas, casi diarias, a nuestra red de bibliotecas. Eso sí, ahora iba con su esposa, pues no se atrevía a dejarla sola. En todo lo que hizo falta dio la talla, sin romper el ritmo ni bajar la calidad de sus publicaciones. La única novedad es que, en la firma, ahora solía acompañarlo su hija María Teresa, filóloga de formación y profesora de Enseñanza Secundaria.

Si alguien precisa de información exhaustiva y detallada sobre la obra de López Estrada, le remito sin más a la bibliografía crítica a que aludía al comienzo. Lo que ahora pretendo es algo muy distinto: mostrar a grandes trazos cuáles fueron sus principales aportaciones a los estudios literarios, en razón de su objeto y, mucho más importante, de su método. Antes, no obstante, resaltaré que su espíritu laborioso, mantenido desde su jubilación hasta los 88 años, se traduce en unas cifras verdaderamente elocuentes: de las 534 fichas de que consta su impresionante bibliografía, unas doscientas corresponden al periodo 1987-2007.

En cada línea, el maestro ofrecía un paradigma de análisis histórico-filológico, que resultaba de su ausencia de ideas preconcebidas y de su espíritu abierto, alimentado por el trato que mantuvo con la flor del hispanismo, y no solo. Su hoja de ruta vital le permitió estar informado sobre lo que se estaba cocinando en otros lugares, incluso en los momentos en que España parecía más aislada. Todo le interesaba y a todo se acercaba con actitud respetuosa; de ese modo, supo enriquecerse y, de paso, nos enriqueció a todos cuantos con él nos formamos. En su aproximación a la épica, respetó los postulados pidalianos, pero tuvo también en cuenta las principales aportaciones de Peter Russell y demás valedores del neoindividualismo; por añadidura, en Harvard había tenido trato con el mismísimo Alfred Lord, que le había guiado en la visita a la Milman Parry Collection en el corazón de la Widener Library.

En Boston y Cambridge, ciudades apenas separadas por el Charles de Dámaso Alonso (“A un río le llamaban Carlos”), había ido al encuentro de Jorge Guillén y su familia: su hija Teresa, casada con Stephen Gilman, discípulo directo de Américo Castro; y su hijo, el gran comparatista Claudio Guillén. Mi promoción sabe lo mucho que don Francisco hizo por aclimatar la Literatura Comparada en España: en una memorable clase de 1980, nos habló de una especialidad que en absoluto le era ajena; a continuación, nos pidió que acudiésemos al curso que Guillén hijo impartía en la Fundación Juan March y que hiciésemos un resumen de las cuatro entregas de que constaba. Es difícil imaginar lo que aquello supuso para nosotros, pues por vez primera percibimos la interrelación entre escuelas aparentemente inconexas (y solo eso, como comprobarán quienes lean mi *Breve historia del medievalismo panhispánico*, que aparecerá a finales de 2010). Quienes asistieron a aquel evento pueden rememorarle gracias al estupendo archivo sonoro de la Fundación, de libre acceso en la red. Detrás, silencioso como siempre, estaba don Francisco.

A comienzos del siglo XX, Adolfo Bonilla y Sanmartín mostró su espíritu viajero y cosmopolita, que cuajó en un proyecto de edición de las obras completas de Cervantes junto a Rudolph Shevill, catedrático de la Universidad de California-

Berkeley. En 1909, Menéndez Pidal cruzó el Atlántico para dar una serie de clases en la Johns Hopkins de Baltimore y en Columbia, Nueva York, sobre el tradicionalismo épico (que cuajó en la versión francesa inicial [1910] y en otra tardía y apenas remozada en español, *La epopeya castellana a través de la literatura española* [1945]) y el romancero (en este caso, auspiciadas y luego publicadas por la Hispanic Society [1910]). Otra fecha de referencia es el año 1924, en que Antonio García Solalinde llegó a la Universidad de Wisconsin-Madison y creó el Seminary of Medieval Spanish Studies. Luego vino la marea humana del exilio, que llevó a aquella próspera nación a muchos de nuestros intelectuales, algunos de ellos aludidos en lo que precede.

El siguiente capítulo en nuestra historia cultural corresponde al momento en que algunos españoles marcharon al encuentro de sus maestros y compañeros en el exilio americano. Esa peregrinación comenzó en los años cincuenta y contó con intelectuales de la talla de Rafael Lapesa y Francisco López Estrada: el primero como conferenciante y el segundo como profesor visitante. De sus aventuras, don Rafael ha dado cuenta en las dos ocasiones en que se le invitó a hablar sobre sus recuerdos de Américo Castro (en *Américo Castro: The Impact of His Thought. Essays to Mark the Centenary of His Birth* [R.C.E. Surtz et al. eds., Madison: Medieval Seminary of Hispanic Studies, 1988] y, sobre todo, en el *Homenaje a Américo Castro* [J. J. de Bustos Tovar ed. Madrid: Universidad Complutense, 1987] de la Universidad Complutense); por desgracia, don Francisco no ha dejado nada escrito, que yo sepa, sobre su *fazienda de Ultramar*, aunque, eso sí, a mí y a otros relató algunas de sus experiencias, como la primera gran tormenta que le tocó vivir en el Medio Oeste norteamericano.

En unos pocos años, muchos filólogos seguirían la ruta de las Américas y hasta hubo quien, como Manuel Alvar, se adentró por lugares peligrosos e inaccesibles. De él sí tenemos autorretratos en que aparece rematando un artículo dentro de una canoa y en pleno Amazonas, o leyendo un libro para reseña mientras aguardaba a que lo recogiesen en el *puritito* camino por el que el tigre (jaguar) bajaba a beber, como los lugareños le dirían luego al encontrarlo en aquel lugar. En comparación con estos y otros momentos parecidos, la aventura norteamericana de nuestro homenajeado y de cuantos tuvieron como destino la América del Norte no merece tal nombre: para Alvar, que acabaría por aceptar una cátedra en Albany (State University of New York), aquello era solo un cómodo paseo por la civilización.

A maestros como los nombrados, les llovían las ofertas para quedarse en los Estados Unidos, unas invitaciones que mayoritariamente rechazaron, a pesar de las diferencias en el salario y el nivel de vida. De vuelta a España, traían algunos ahorros y, lo que más importa, un riquísimo bagaje: contactos, experiencias y libros, muchos libros. Por aquellos años, nuestras bibliotecas universitarias quedaban a años luz de las pertenecientes a las grandes universidades norteamericanas, dignas de envidia por la riqueza y diversidad de sus fondos, idóneas para la investigación por su sistema de libre acceso, y cómodas a más no poder gracias al *Interlibrary Loan* o préstamo

interbibliotecario. De todo esto gozamos aquí ahora, pero en los años cincuenta o sesenta algo por el estilo ni siquiera cabía en la imaginación.

A pesar de lo dicho, lazos más fuertes eran los que ligaban profesional y hasta espiritualmente a don Francisco con Europa, sobre todo con Francia y en menor medida con Italia. Para empezar, hablaba y escribía un francés elegante, mientras en italiano se defendía bastante bien; en comparación, su inglés era muy pobre. En Francia, además, estaba su ídolo, Marcel Bataillon, a quien emuló, a pesar de la diferencia en el tamaño de sus respectivos libros, en *Tomás Moro y España* (Madrid: Universidad Complutense, 1980). De Francia le llegaban técnicas de análisis narratológico que, por ejemplo, le daban la razón por haber estrechado los lazos entre la novela bizantina, la novela pastoril y el *Quijote* (al respecto, véanse sus tempranas y valiosas reflexiones en el prólogo [Madrid: Aldus, 1954] al romanceamiento de la *Historia etiópica* de Heliodoro por Fernando de Mena).

Siempre sobre aviso y bien informado (en aquellos tiempos, recibía en casa los catálogos de Pórtico, PUF o Grant & Cutler, los publicados por las editoriales de más prestigio y las revistas de mayor utilidad para la pesquisa bibliográfica), el mundo académico francés le mostró lo mucho que podían aportar las nuevas corrientes de análisis a la añosa Historia de la Literatura. En todo momento, estuvo atento a todo lo que se iba gestando alrededor de la revista *Poétique*; de ese modo, fue el primero en aplaudir, en un amplísimo y detallado artículo-reseña (*Anuario de Estudios Medievales* 2 [1974-79, 734-86]), la magna aportación de Paul Zumthor en su *Essai de poétique médiévale* (1972) y demostró cómo sus planteamientos eran perfectamente aplicables a la literatura española.

Por lo demás, su sólida formación como romanista le llevó a atender a la retórica literaria, materia esta sorprendentemente silenciada tras los estudios de Menéndez Pelayo, como recuerda Faulhaber en su carta e indica al inicio de *Latin Rhetorical Theory in Thirteenth and Fourteenth Century Castile* (Berkeley: UP, 1972). En paralelo, don Francisco ponía gran énfasis en la preceptiva y la poética en general hasta el punto de que en ambas halló una de sus líneas de investigación prioritarias, en atención a la cuaderna vía, la poesía cancioneril o el teatro medieval. Rebasado el Medioevo, *poética* es término clave en su aproximación a la ficción narrativa, larga o breve, del Siglo de Oro o en sus libros sobre la literatura española de los siglos XIX y XX.

Cuando comencé a trabajar con él, me dirigió hacia las preceptivas mediolatinas catalogadas por Faulhaber, aunque acabé dando en el *Prohemio e carta* del Marqués de Santillana, que me obligaba a extraer claves de dichos tratados, pero también de la retórica clásica, las *leys* occitanas, los comentaristas de Boecio o Dante, las glosas cuatrocentistas, las enciclopedias de la época, algún apunte al paso de don Enrique de Villena, Juan de Mena o el propio Marqués, entre otras fuentes. No hubo azar: él me adentró por ese terreno; luego, yo me solté.

En su parecer, el profesional de nuestra área de conocimiento (y me sirvo aquí de una categoría del presente que nunca habría salido de su boca) precisa blindarse por

medio de las materias citadas y otras de la importancia de la métrica. En este caso, también predicó con el ejemplo, con un sinfín de notas y apuntes sobre el particular y con todo un manual: su *Métrica española del siglo XX* (Madrid: Gredos, 1987); a este respecto, aun añadiré un dato que de seguro pocos conocen: de ser elegido como miembro de número de la Real Academia Española, tenía pensado revisar en profundidad las numerosas entradas del DRAE relativas a la métrica.

Más bedierista que lachmanniano, se mostró ducho como pocos en el ejercicio de la crítica textual, aunque apenas si teorizó al respecto. En compensación, en sus prefacios se descubre su confianza en la lógica como herramienta primera, convenientemente apoyada en la sensibilidad que el filólogo ha de desarrollar, si no la posee de entrada, con relación a los escollos derivados de la transmisión textual. En ese sentido, desde sus ediciones más tempranas (cuatro décadas antes de que se iniciase la moda ecdótica en España), fijó claramente sus criterios, lejos de la libertad a ultranza, el capricho y las inconsistencias que se perciben en tantos trabajos. En sus notas, aplicó idéntico principio, tanto al establecer el texto como al interpretarlo, con una idea en mente que venía a decir (en esta cita más que nunca las comillas son mendaces, pues solo intento reconstruir sus palabras): “Reconozcan su ignorancia en las notas. No silencien ni, menos aun, obvien aquello que desconocen: es un fraude al lector”.

Don Francisco fue metódico en todos los órdenes de su vida. ¿Cómo no iba a serlo en cada una de sus publicaciones? Sobre métodos, teorías y enfoques analíticos versa su innovadora *Introducción a la literatura medieval española* (Madrid, Gredos), un libro totalmente distinto de todo lo publicado hasta 1952, en que salió a la calle su primera edición. Me he referido, aunque a grandes rasgos, a sus principales líneas de investigación, perfectamente articuladas y coherentes; no obstante, considero que donde el maestro ofrece un método más cuajado es en sus estudios neocomparatistas. Refrescaré la memoria a quien lo precise: Enrique Moreno Báez definió el Nuevo Comparatismo como el estudio comparado de los textos literarios, las artes plásticas y el pensamiento, por temas, géneros, corrientes o generaciones artísticas (en *Historia y estructura de la obra literaria* [Madrid, CSIC, 1971]).

Pues bien, un enfoque de la importancia de este, con sólidos antecedentes teóricos (las primeras reflexiones que abren el camino a este tipo de análisis se leen en el *Sistema de las artes* de Hegel y crecen al arrimo de la Estética alemana del siglo XIX y, sobre todo, en Benedetto Croce), recibió especial atención en España. Junto a la labor de Moreno Báez con *Los siete libros de la Diana* de Montemayor (que, a decir verdad, se prestan a ello), tenemos la praxis de Juan Manuel Rozas con los *Milagros* de Berceo y la de Emilio Orozco con distintos autores de los Siglos de Oro. Otros muchos abordaron el asunto desde una óptica concreta: la recepción de la *Epistula ad Pisonem* y la peculiar lectura del *ut pictura poesis* horaciano. En diversos trabajos, López Estrada cubrió ese mismo arco cronológico, aunque añadió las dos calicatas neocomparatistas de mayor importancia que se han escrito en nuestra especialidad, relativas esta vez al Fin de Siglo: Rubén Darío y el Prerrafaelismo (*Rubén Darío y la*

Edad Media: una perspectiva poco conocida sobre la vida y obra del escritor [Barcelona: Planeta, 1971]) y el medievalismo de los Machado en relación con el realismo retrospectivo y el simbolismo pictórico (*Los “Primitivos” de Manuel y Antonio Machado* [Madrid: Cupsa, 1977]).

En varias ocasiones, he seguido esta estela precisa (y ahorro al lector la relación de mis trabajos, aunque precisaré que cubren del Medioevo a las Vanguardias y que, en especial, atienden a estas últimas) y hasta he dirigido un par de tesis guiado por su iluminador modelo. En la primera de ellas, la doctoranda, hoy profesora titular de la Universidad Complutense, no frustró mis expectativas ni, lo que más importa, las de don Francisco, que presidió el tribunal que juzgó el trabajo: era Rebeca Sanmartín, con sus *Imágenes de la Edad Media: la mirada del Realismo* (Madrid: CSIC, 2002), ensayo documentadísimo que oscila entre el pensamiento y las artes plásticas, entre la vida diaria y la literatura. Con respecto a la segunda (*La materia clásica en las vanguardias españolas*, que pronto verá la luz en forma de libro), debo decir que la codirigí con Vicente Cristóbal, que su autor se llama Andrés Ortega, que se defendió en 2009 y que, de haber podido leerla, le habría encantado a don Francisco. Ambos investigadores, considerada mi función como intermediario o puente, son propiamente nietos intelectuales suyos.

A sus ochenta años, hizo una última aportación de gran valor, al sumar una pieza más al corpus que Mercedes Vaquero ha bautizado como *nueva épica*: son las *Coplas de Juan Galindo*, ocultas tras un título que vela la importancia del hallazgo (por ello, creo yo, el libro no ha tenido el eco que merecía), *Poética de la frontera andaluza (Antequera, 1424)* (Salamanca: Universidad, 1998). Este poema coincide en su tono y, en algún caso, en su forma (coplas de arte mayor) con los exhumados por Mercedes Vaquero (versión en quintillas de la *Crónica rimada de Fernán González* de Fray Gonzalo de Arredondo), José Manuel Blecua (*Cancionero de Pero Marcuello*), Pedro Cátedra (*Consolatoria de Castilla* de Juan Barba) o por mí (versión en octavas castellanas de la *Crónica rimada de Fernán González* de Fray Gonzalo de Arredondo). En consonancia con Hernán Núñez, este nuevo testigo da la razón a cuantos sitúan el *Laberinto de Fortuna* a la cabeza de la serie en la Castilla del Cuatrocientos.

Todos cuantos con él han tenido trato echarán de menos a don Francisco López Estrada, particularmente sus discípulos. A todos sin excepción ha enseñado a conducirse en el desempeño de una profesión vocacional como pocas; a cuantos –regalo del cielo– hemos tenido la suerte de compartir con él el día a día nos ha dejado, lógicamente, bastante más que eso. Lo resumiré apelando a los tres sentimientos que nos embargan: el orgullo de su magisterio permanente, la alegría de verlo brillante y activo por muchos años, y ahora la pena de su partida, que nos priva de muchas cosas, entre ellas su semblante jovial, el mismo con que Machado, esta vez Manuel, dibuja a Berceo en la Gloria, desde la que “sonríe a los de ahora que andamos el camino”. Lo llevamos en lo más hondo, don Francisco.

[Enterada de este Homenaje, la familia de D. Francisco ha tenido la gentileza de enviarnos varias fotos de este gran maestro en distintos momentos de su dilatada y fértil carrera académica. Con ellas, hemos dispuesto el siguiente álbum].